

Emperador de Alemania y en los socorros morales del monje de Francia. Contra la política republicana de Arnaldo de Brescia recurrió el Papa, como había recurrido Gregorio VII contra la política imperial de Enrique IV, á la excomunión y al entredicho. El pueblo romano fué como despedido de la Iglesia católica. Si una excomunión atribuló tanto al Emperador, acostumbrado á tener de su autoridad altísimo concepto, ¿cómo no atribularía al pueblo, herido en aquellos tiempos de humillación irremediable? Las familias caían, al rayo pontificio, en la desolación; tornábanse los hogares purgatorios; toda ceremonia religiosa se suspendía; todo sacramento eclesiástico se negaba implacablemente al pueblo excomulgado; cerrábanse las puertas de la Iglesia, refugio de las almas, resumen de la vida, plaza, templo, mercado, teatro, sepulcro, santuario; nacían los hijuelos, y no les daban el bautizo; amaban los mozos, y no podían santificar ni legitimar sus amores; la mujer propia se convertía en concubina, y el hijo en bastardo; agonizaban los enfermos de enfermedad mortal sin confesión ni comunión, sin ninguno de los auxilios espirituales que fortalecen y sustentan al hombre en tan tremendo trance; caían los muertos peor que los perros, sin esperanza de tener asilo sagrado en la tierra, ni perdón ni misericordia en el cielo: que á lo temporal y á lo eterno alcanzaba, con idéntico alcance, una excomunión pontificia. Horrible caso aquel para un monje, quien, ortodoxo en todas sus ideas religiosas, tenía ideas políticas contrarias á un Rey, como el Papa, facultado, por su doble carácter teocrático, para perseguir á sus vasallos, no sólo en la tierra, sino en la Eternidad también.

Las almas débiles se apenaban y dolían de semejante estado que, alcanzando á todas las edades y á todas las fases de la vida, no obstante su puro carácter religioso, convertíase en tristísimo estado social. Para mayor angustia sobrevino tras el entredicho la Semana Santa. Doloroso á las almas piadosas carecer del agua bendita, de la misa, de la Iglesia en todo tiempo y lugar; pero mucho más en el lugar de las Basílicas capitales, en Roma, y en el tiempo sacro por excelencia, en la Semana Santa. Los romanos, acostumbrados á recibir los peregrinos en estos días solemnes, hallábanse aterrados de su soledad, sin poder ni oír las lamentaciones de Jeremías, ni contemplar los misterios de la Pasión, ni sumergirse en las ideas que inspiran los estremecimientos de la tierra durante las tinieblas en los divinos oficios, ni cantar el *Miserere* que parece dirigido á desarmar la cólera divina y á detener los rayos de ira que atraen del cielo á la tierra los pecados y los errores del hombre. Así, las mujeres se lanzaban por las calles dando alarinos, como si las tuviera ya entre sus garras el infierno; y los sacerdotes clamaban por calles y plazas, añadiendo al terror, natural en los ánimos, los horrores de las tristísimas pinturas animadas por el reflejo siniestro de los castigos eternos. Por todos estos motivos, el pueblo romano se lanzó á los pies del Papa; y el Papa exigió, para levantar el entredicho, la entrega del tribuno. Este sale de la ciudad, corre por el campo, llama á las puertas de los castillos, intenta sublevar cualquiera de las ciudades republicanas y abrigarse al amparo

de sus instituciones y de sus leyes; pero, siendo tan poderosos sus enemigos y tan difícil su fuga, cae al fin prisionero y es entregado en manos del Pontífice. Coincide con todos estos sucesos la ida á Roma del Emperador Federico I de Alemania, el cual entra en la ciudad leonina y recibe la corona imperial en el soberbio Vaticano; y el pueblo, que ha recobrado su paz religiosa, ha perdido su libertad política. Y desde lo alto del Capitolio, que tan elevados pensamientos inspira, viendo su gobierno democrático en tierra, su tradicional República disipada, su intervención así en el nombramiento de los emperadores como en el nombramiento de los papas perdida, su tribuna rota, su orador preso, su ciudad convertida en mero escenario donde representan sus respectivos aparatosos papeles los emperadores y los papas, se indigna, se arrebatata, se subleva, se encamina en armas al palacio pontificio, y sitia al Pontífice Adriano IV sin respeto alguno á la Santa Basílica de San Pedro y sitia al Emperador sin recelo alguno de sus terribles y numerosas legiones. En todo tiempo, desde Alarico hasta Carlos V, el soldado alemán se ensangrienta cuanto puede con el ciudadano latino. Por consecuencia, las tropas de Federico I se ensañaron cruelmente en los defensores de Arnaldo de Brescia. Muchos de ellos fueron prisioneros, muchos arrojados al Tíber, muchos heridos y pasados á cuchillo. Casi todas las consecuencias de esta rota se encerraron y contuvieron en el suplicio de Arnaldo, que no dejó en aquella Roma eternal á quien tanto amara, ni siquiera sus cenizas, esparcidas por la crueldad de sus perseguidores y verdugos á los caprichos del viento. Así murió aquel sér extraordinario, en quien pusiera el arte sus inspiraciones, la ciencia sus ideas, la política sus cálculos, la religión su misticismo, la elocuencia sus prestigios, la virtud sus atractivos, la Edad Media su entusiasmo, la antigua Roma su grandeza, lo pasado sus recuerdos de gloria, lo porvenir el presentimiento de sus soluciones sociales, Italia su poesía, el pueblo romano su esperanza. Dejara de ser grande si no tuviera este fin trágico. Todo espíritu superior quiebra el cuerpo que lo lleva y consume la vida que lo alimenta. Todo artista, todo filósofo, todo pensador, todo poeta vive del combate continuo entre lo ideal y lo real, y muere por no haber podido realizar su conjunción misteriosa. Adelantóse Arnaldo á su tiempo, y corrió la suerte de todos aquellos que lanzan una idea progresiva superior á su siglo, la rota y la muerte. Así es la humanidad. El camino que conduce á la victoria está iluminado de un extremo á otro extremo por las hogueras del martirio. Como nuestras genealogías se componen de una larga serie de muertes, nuestras victorias se componen á su vez de otra larga serie de derrotas. Quizás no venciera la democracia de hoy sin las pugnas sobrado prontas de ayer. Nuestra vida surge del seno de esas muertes. ¿No parece, lector, que al leer la vida de estos revolucionarios del siglo de las Cruzadas estamos leyendo la vida de los revolucionarios del siglo último y de este nuestro siglo? A esta interrogación responderán todos cuantos lean el relato de la Revolución francesa con un sí completamente afirmativo. La idea liberal es una serie de ideas. Y esta serie de ideas

para mí, comienza desde que los israelitas en Egipto sacuden la dominación de los antiguos Faraones hasta que los revolucionarios en Francia derriban la Babel de los antiguos privilegios, la vieja Monarquía tradicional. Vano empeño el empeño de tanto reaccionario, como quiere hacer de la crisis, que resumió todos los antiguos tiempos y generó todos los tiempos modernos, erupción verdaderamente singular de volcán verdaderamente aislado. Nuestra tierra vegetal, denominada *humus*, por ser humana verdaderamente habitación del hombre y hasta su hechura, no se hubiera producido sin los periodos volcánicos y la gigantesca enorme vegetación carbonífera, como nuestra sociedad, tan regular y ordenada, no se hubiera producido sin el movimiento revolucionario. Así, no sin analogías forzadas, los paralelos naturales entre la época de Abelardo y la época de Condorcet, entre la figura de Arnaldo y la figura de Vergniaud. Condorcet piensa como hubiera pensado Abelardo de vivir en la décima-octava centuria; Vergniaud procede y habla como hubiera procedido y hablado Arnaldo de surgir en la Revolución francesa y viceversa. Los absolutistas y reaccionarios que tanto abundan, intentan hacer de la Revolución francesa una obra del diablo fecunda sólo en males y con la cual nada tienen que ver Dios y su Providencia. Pues la Revolución francesa es una consecuencia lógica del Cristianismo como fuera el derecho romano una consecuencia lógica de la Filosofía.



## CAPÍTULO DÉCIMO-SÉPTIMO

Los Himnos de la libertad

A guerra entre la Francia revolucionaria y la Europa monárquica es un jalón miliario en las vías sacras del planeta, por donde ha pasado el progreso universal, buscando el cumplimiento de sus ideales. Emparéjase por su importancia intrínseca en toda la Historia, y por su trascendencia inevitable á todos los pueblos, con las guerras entre asirios y caldeos, con las guerras entre israelitas é idólatras, con las guerras entre griegos y troyanos, con las guerras entre griegos y orientales, con las guerras entre romanos y cartagineses, con las guerras entre romanos y asiáticos, con las guerras entre bárbaros y latinos, con las guerras entre Pontífices y Emperadores, con las guerras entre caballeros feudales y reyes absolutos, con las guerras de religión, quienes aparecen como generadores de dos guerras madres, la que hizo nuestra complicada Europa moderna, la guerra de los treinta años, y la que hizo nuestra libre América moderna, la guerra entre la Gran Bretaña y sus colonias en el Nuevo Continente. Los reaccionarios muestran á una grandísimo empeño en hacer de la revolución francesa un movimiento aparte, sin previa generación, como súbita demencia que hubiera sobrecogido y atormentado á un solo pueblo, excepcional y singularísimo, en los anales de la Humanidad. Yo creo todo lo contrario, yo creo el Cristianismo tan unido á la Revolución y la Revolución al Cristianismo tan unida, como puedan estarlo el Evangelio á la Biblia y la Biblia también al Evangelio. Para mí la libertad y la igualdad han sido religión en el Cristianismo; afecto estético en las artes del Renacimiento y en sus